

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## EL ÚLTIMO BROTE

Omar se hallaba en plena fiesta, cuando se dio cuenta de un pequeño detalle: lo estaban vigilando.

Estaba apartado a un lado, en el comedor de aquella casa, no muy lejos de la improvisada pista de baile. No hablaba con nadie, pero sonreía a los que cruzaba. En su mano llevaba un vaso de cerveza, mientras con la otra sostenía un cigarrillo a medias. Hacía dos horas que había llegado, y nuevamente el alcohol y sus fantasmas se apoderarían de su demente inconsciente.

Hacía tiempo que no participaba de una fiesta. Estaba tratando de cuidarse, tanto como sus conocidos de invitarlo. Omar, de 32 años, soltero, recientemente separado de su novia, era el terror de cualquier evento que reuniera gente y bebidas.

Su primera fiesta importante, en donde grabó a fuego a todos, había sucedido alrededor de media década antes. Si bien contaba con un haber de hecho desquicios, aquella noche de Octubre de 1996, Omar demostró que podía ir mucho más allá de emborracharse, discutir, vomitar y desmayarse: esa noche, ego y arte colisionarían en su alma.

Resultó que se festejaban los 26 años de su hermana, y Omar había convocado a dos amigos suyos para acompañarlo en el evento. Junto a ellos, planeaba hacerse camino entre los amigos y amigas de su hermana, para de alguna forma conquistar cierta atención y por qué no fama.

Luego de 20 minutos de mezclarse con los invitados de forma silenciosa y apartada, el grupillo se encaminó a meterse en el cuarto de Omar.

- Miren lo que hice! – dijo a entrar, a la vez que encendía una luz roja.

Carlos y Luis miraron y hallaron... una verdadera demencia artística. Trozos de afiches de películas empapelaban pared, techo y suelo, mientras que en el suelo sucedía lo mismo, pero cubierto por una lámina acrílica. La cama estaba pintada en ambos lados de unas llamaradas naranjas. La mesa de luz y el escritorio tenían el mismo detalle. Muñecos de monstruos y súper-héroes de comic, cine y televisión en diferentes tamaños, estaban atornillados a las paredes de descenso. Por último, una pequeña y variada biblioteca, y una videoteca como cualquier hijo de vecino.

- Estás enfermo... - dijo Luis, boquiabierto.  
- Y eso no es lo mejor. – y Omar encendió unos tubos de luz violeta dispersos por las paredes.

Instantáneamente, se dibujó en el techo un espiral flúo. En el piso surgieron cientos de estrellas luminosas, y en las paredes coloridos graffitis.

Omar dio un beso a la botella de Vodka sabor durazno que sostenías, y disfrutó de los rostros de sus amigos.

- Cómo se te ocurren estas cosas?! – le preguntó Carlos, anonadado.

- No sé. Estaba aburrido. – dijo con aire altanero - Terminé de estudiar unas cosas de la facultad, y mientras me tomaba unas cervecitas, lo hice... Me llevó tres días de corrido.

- De corrido?

- Sí, no podía parar. Había algo que me lo dictaba – los miró por un instante – No digo que haya escuchado voces. No estoy tan loco. Me refiero a una fuerza interna... - se explicó. Odiaba que lo confundieran con un loco.

- Frenaste para cagar?

- Bueno, tampoco soy boludo!

- La verdad... - dijeron Carlos y Luis a coro - ... esto es excelente!

Omar llevó su vista al frente. En las paredes se encontraba su arte, su traducción de sensaciones internas, sus miedos, sus luces y sus sombras. Cada color, cada figura, cada detalle, era un grito desesperado de un alma dedicada al estudio de la creatividad. Omar era uno de los tantos Licenciados en Comunicación y, por qué no, artistas que asomaban en el horizonte del Tammerrlane del Nuevo Milenio.

- Mi novia no lo vio. Es más... Ahora que me doy cuenta: en estos dos meses de noviazgo, jamás vio el cuarto. – y echó un buen trago – Imaginen cuando lo haga... Eso se llama sorprender a una mujer!... – se festejó.

Preso de un ataque de emoción, apoyó la botella en el piso, y se bajó el pantalón. Carlos y Luis lo observaron. Omar sonrió y se bajó los calzoncillos. Los volvió a mirar. Un silencio. Y se quitó una de las zapatillas con el pie.

- ...Y esto es arte! – aclaró – Con esto, los pongo a pensar. Es decir... - e imitó la voz de Carlos - “Por qué se puso en bolas y se dejó una zapatilla?”

Diez segundos de silencio.

- Omar, estás bien? – preguntaron Carlos y Luis.

Omar alcanzó la botella y echó un trago la mitad de vodka que quedaba. Enseguida apoyó el envase en el piso, se quitó la remera, y a su escritorio. Tomó la cinta adhesiva y regresó a sus amigos.

- Arte es la forma de desplegar las plumas y mostrarse increíble. El arte te envuelve, te hace especial, exquisito. La gente se detiene a preguntarse por vos. El arte compra gente, gana amigos y genera más arte. Y esta noche podemos usarlo para ganarnos algunas mujeres de la fiesta. Por eso, presten atención...

- Antes de esa botella que habías tomado?

- Eso no importa. Lo que importa es que vamos a romper cabezas de mujeres, y vamos a destruir a todos esos pelicortos-maquillados-teñidos-musculosos-lentes de contacto-camas solares-ropa de moda-huecos... Y pónganse en pelotas!!!

Luis y Carlos se miraron.

- Llamamos a la madre?

- Pero, qué madre ni que madre?!... Si no lo quieren hacer, no lo hagan... Lo hago yo!

- Está por llegar tu novia, Omar!

- No me importa! La hago subir con cuatro hembras más, todas sorprendidas de mi arte.

Carlos lo tomó del hombro para suplicarle:

- Por Dios, Omar! Esto no es arte. Si te ven así, van a llamar a la policía!

Omar se encerró aún más en sí mismo: el alcohol y su arte se habían apoderado de su cabeza, para en minutos cometer el primer "Momento Omar De Cada Fiesta".

Cortó un trozo de cinta, arrancó una miniatura, y se la pegó en el brazo.

- Qué mierda es eso?! Por favor, Omar, terminala!! – rogó Luis.

- Se acuerdan del muñequito?... Es "Super-Tamm"! En vez de tatuármelo, me lo llevo pegado a todas partes. – comentó alegre.

Y enseguida salió del lugar.

Bajó las escaleras y llegó a la planta baja de la casa, atravesó la cocina, el comedor y llegó al jardín. Se detuvo ante todos, con las manos en su cintura, sacando pecho.

Los presentes se sobresaltaron, e inmediatamente improvisaron una ronda. La música cesó. Las voces callaron. Y los ojos se congelaron.

- Qué le pasa?! Nunca vieron a un artista contemporáneo? – les preguntó con aire altanero.

Los presentes no respondieron.

- Bueno... Yo soy uno de esos artistas! No se sorprendan. – y se hizo el ameno - Después me acerco a charlar con cada uno.

Un nuevo y largo silencio.

- Omar, estás loco!! – dijo la voz de su novia, surgiendo entre el tumulto - Para esto me invitaste?!

Omar se sonrojó. Enseguida se volvió a sí mismo, para observarse detenidamente. Y acabó en los ojos de su chica, completamente tímido...

- Creo que tenés razón... Pedime una ambulancia.

La noche del 15 de Julio, cinco años después, Omar estaba en lo que sería su última fiesta, a un lado de todos, purgando sus culpas.

Bebió un sorbo veloz, y miró hacia alguna persona distraída. Retuvo la mirada un segundo, y se volvió a otra. Luego al piso. Quiso disimular. Con ello podría darse un tiempo para pensar mejor todo, y preguntarse qué era lo que estaba sucediendo.

Movió los ojos, y ellos seguían allí. Eran reales.

La hipótesis que lo estaban vigilando había surgido tras ciertos detalles: de todos los invitados de la fiesta, sólo estos tres hombres misteriosos usaban bigotes gruesos, lentes oscuros y cabellos engominados. Incluso, compartían el modelo de campera de cuero marrón.

Instantes antes, Omar se había saludado con Carlos, con el que había mantenido una conversación al respecto.

- No creés que esos trillizos diseminados en la fiesta sean policías de civil que me vienen a buscar por todos los quilombos que hice en las fiestas?

- No empecemos de nuevo, Omar. Hoy te viniste paranoico?

- Se propagaron mucho mis hazañas... Y cualquier hombre de ley que lo escuchara, podría mandarme a investigar por drogas, alcoholismo o demencia.

- Voy a seguir saludando a la gente. – dijo Carlos, evitándolo con una sonrisa - Ah! Y cuando puedas, devolveme el termotanque de casa.

Entonces, un recuerdo más se sumó a Omar, un recuerdo para su culpa y una opción para que la ley le haya puesto el ojo encima.

Dos años antes de los policías de civil, hubo una fiesta en la casa de Carlos, que también terminó en locura.

Omar había bebido alrededor de cinco litros de cerveza, fumado tres cigarrillos de marihuana, y tomado tres líneas de cocaína, cuando su cabeza se volvió un verdadero embrollo.

Se encontraba entre el tumulto de gente, hablando con un viejo amigo de otras fiestas. Hablaban de cosas de la vida.

- Estoy trabajando en una editorial. Soy corrector de novelas, y selecciono trabajos de artistas que acercan su material. – explicó Omar.

- Ah! Que bueno! Yo pensé que era un tipo más demente. – dijo Aníbal con total soltura - Pensé que vivías drogado, que vendías aritos en parques, no sé... Te hacía una imagen de ese estilo.

- No, para nada. Solamente me descontrolo en las fiestas. Me puedo tomar diez litros de cerveza en casa, fumarme los porros que quiera, y no me pasa nada. Como mucho, le echar un eructo al oído de mi novia. – y de detuvo en el detalle - Nunca le echaste un eructo al oído de tu novia?

- Me mataría.

- Bueno, mi chica no. Ella no dice nada. A lo sumo se enoja en broma.

- Nadie se enoja en broma, Omar. Te recomiendo que dejes...

- Pero, no! Si también me tiro pedos, la apoyo cuando está cocinando, le toco el culo cada vez que pasa...

- Le acabaste en la cara? – se atrevió preguntar el muchacho, guiado por la emoción de Omar.

- Pero...!! – agrandado – Cómo no le voy a acabar en la cara?! En la cara y en el pelo le acabé!

Algunas de las personas cercanas lo observaron por un instante. Omar los miró y luego se volvió a Aníbal.

- Seguime al baño. Te voy a mostrar el por qué mi novia tolera todo.

- Qué querés hacer? – dijo el preocupado compañero.

- No te voy a violar, estúpido. Quiero que veas un ejemplo de lo que es romperle la cabeza a una novia!

Aníbal lo siguió. No podía perderse un detalle de Omar: un verdadero personaje, una maldita caja de sorpresas visuales.

Llegaron al baño y se encerraron.

- Cortemos el gas, y saquémoslo de acá. – dijo Omar, señalando el termotanque de un metro de altura.

- Para qué?!

- Lo llevamos a mi casa, lo ponemos en el centro del comedor, volvemos, buscamos a nuestras novias, y nos vamos de nuevo a mi casa a tomar un café. Cuando llegamos, les rompemos con toda lógica que tengan hasta el momento, y se van a quedar fascinadas.

- Para qué?!

- Para demostrarles que tenemos más cerebro que cualquiera de esos nenes de papá que están en la fiesta.

Un silencio.

- Te decidiste?... – insistió el alocado Omar.

Una hora después, estaban llevando a sus novias a la casa de Omar.

Cuando llegaron al comedor, el dueño del hogar, encendió la luz y dejó al descubierto la sorpresa.

- Es el termotanque de la casa de Carlos! – se festejó - Lo sacamos por la ventana del patio trasero.

La novia de Aníbal se encorvó debido a un puntazo en el estómago.

- Estás bien, mi amor?

- Me voy a casa! – dijo la chica, y salió disparada por la puerta. Su novio la siguió.

Días después, Omar se enteraría que la chica había perdido un embarazo de dos meses, debido al disgusto.

- Te das cuenta lo que acabás de hacer? – le dijo su novia, ofendida.

- Pensamos que les...

- No! “Pensamos”, no! Ésta fue una de tus ideas. Cagaste la noche! Como siempre. Sabés el problema que vamos a tener con Carlos?!

- Encima se nos cayó del portaequipaje dos veces.

- Es la última vez que hacés algo así! – y lo señaló con el índice – Si querés que sigamos juntos, comportate como una persona normal!!

La noche de los policías de civil, Omar comprendió que aquellas locuras eran una forma de traducir su personalidad.

Era un artista silente, dedicado a la escritura de ensayos y sumergido en un trabajo editorial. Vivía dentro de una rutina de silencio con aquellas hojas, el repiquetear de teclados, y aquellos estantes de libros.

Por algún lado tenía que explotar.

Bebió un sorbo de cerveza, y se detuvo en un detalle: esa necesidad de hacerse notar, de estallar en cada fiesta. Jamás volvería a pasar desapercibido como cuando niño y joven, donde sólo era un ente que pasaba desapercibido.

Pegó una veloz mirada a los tres policías.

Ahora odiaba no haber seguido siendo invisible.

Un policía estaba sentado en una silla, bebiendo cerveza, simulando estar pensativo. Otro estaba parado a su lado, mirando al este y oeste.

Mientras que el tercero charlaba con unas chicas.

En cualquier momento saltarían sobre él. Pero la gran pregunta era: lo harían antes o después del Momento Omar?

Y Omar deseó que sea lo antes posible. Las dos grandes últimas fiestas habían tomado cierto carácter violento, y para esa última oportunidad, Omar se podría llegar a despachar de manera mortal.

El tercer acto famoso de Omar, fue en Septiembre de 1999.

En esa ocasión, había asistido a la fiesta de cumpleaños de Otto, un viejo amigo y repartidor de droga a domicilio. En su arribo, Omar se detuvo en el centro del comedor, y alzando la caja con las doce botellas de Fernet que había traído, dijo con euforia a todos los presentes.

- Vino la alegría! Vino Fernet!

A la hora, todos estaban completamente descontrolados, bajo los efectos de la potente bebida.

- De dónde sacaste esas botellas? – le preguntó Otto a Omar. – Estaban vencidas y las juntaste de la basura de un almacén?

Omar se sintió herido, desprestigiado. Sin embargo, continuó:

- Nada que ver! Las compré! Me gasté ciento cincuenta y siete pesos.

De todas formas me hicieron un descuento.

- Estás ganando bien?

- Estoy arriba de los mil quinientos... - y observó a Otto por un instante - Te lo cuento, pero no me vayas a afanar la casa.

Las sonrisas y los tonos tradicionales de los diálogos amistosos, se apagaron en la cara de Otto.

- Qué dijiste?

- No... te digo, porque... ya sabés... - e intentó explicar su pensamiento más allá de lo atrevido – Vos estás en cualquiera... y... y podés... Yo que sé... digo... Podés afanar casas, también... Si la pensás...

- Te fuiste a la mierda!! – dijo Otto de un grito.

La música se detuvo y todos clavaron sus ojos en el enfrentamiento de la noche. La novia de Omar estaba sentada a un costado, cuando se llevó las manos al rostro, intentando ocultar su vergüenza.

- Ahora te hacés el loco?... – dijo Omar, con ese tonito irónico, tratando de salvar la situación. – Me vendés droga desde hace tres años y te venís a asustar por un chiste?

En la fiesta se encontraba el hermano mayor de Otto, Huberto. El pobre tenía cuarenta y ocho años y un grave retraso mental: vivía con la mente de un niño de siete años y se masturbaba compulsivamente.

La cuestión fue que Huberto había ido a parar a la fiesta con permiso de los padres de Otto. Todos podrían beber, drogarse a discreción y hacer lo que les plazca, mientras que no nombren los negocios del dueño de casa: el retrasado entraría en pánico e iría a contarle a sus padres. De esa forma, crearía una decepción familiar.

- Ahora vas a ver con mami y papi... - dijo Huberto, poniéndose de pie repentinamente, corriendo hacia la salida.

El hombre niño salió a la calle, cruzó desorientado, y un camión lo arrolló a mitad de camino.

- Huberto!!! – gritó Otto, asomado por la puerta de su casa.

Se dio vuelta, y apuntó a Omar con el dedo:

- Mataste a mi hermano!

- No, vos lo mataste!! Si no te hubieses puesto a vender droga! Esas cosas pasan porque estás en el mal camino. – y tomó una silla, para alzarla de forma amenazante. – No creo en las frases, pero “cosecharás tu siembra”!

Y Omar partió la silla en la cara a Otto.

Enseguida, algunos chupaculos del repartidor saltaron sobre el agresor y lo tumbaron al piso. En cinco minutos, la casa se convirtió en una guerra campal, donde la artillería se basó en botellas, sillas, zapatillas, vasos y cinturones.

Tres meses después de aquel evento, Omar y su novia se encontraban en la fiesta de Luis, exactamente en el galpón del jardín.

El muchacho abrazaba a su chica y le lloraba al hombro. Ella tenía el rostro frío, y dejaba colgar sus brazos a los costados.

- Por favor, no me dejes! Te necesito! – le rogó.

- Es estúpido lo que estás haciendo, Omar! Por más que me convenzas... de que serviría si ya no siento nada?

- Insisto como insistiría cualquier hombre, apelando al análisis y a que te des cuenta que estás confundida.

- Lamentablemente, cuando me confundo es cuando se acaba. No tengo punto medio. Solo punto final.

- Y todos estos años? Que hacemos con todos estos años?!

- Ya fui tolerante. Pero eso se acaba. Por como reaccionás en las fiestas, por lo que hacés en casa, por escenas psicóticas donde discutís cosas del pasado, por cada vez que algo no te sale bien y terminás pateando y rompiendo todo...

- Es que sufro mucho.

- No inventés!... Y si sufrís, por qué hacés sufrir a los que están con vos? Nunca pensaste en lo que sufro?

- Te acordás cuando te regalé la sandía, y te dije que la había hechizado para que te enamores de mí? Te acordás cuando hicimos el amor en la casita del árbol que construí en el bosque? Y qué decís de todas esas veces que me dejaste que te acabe en la cara?... Por favor, Sandra: te comiste mi semen!! Para la gente somos como una marca registrada!! Somos la pareja ideal!!

- Vos te escuchás lo que decís?! – le dijo, empujándolo.

- Pero, hacete cargo! Me comiste las bolas por cuatro años! Ahora te venís a hacer la difícil?! Si me conocés!

- Eso mismo es lo que no quiero! No quiero un maldito egocéntrico que siempre se esté haciendo notar porque no sabe vivir en paz con su vida cotidiana! No quiero un artista loco. Quiero un tipo que trabaje, me lleve a pasear, me coja por las noches, y me haga hijos medianamente normales.

- No te entiendo. Pensé que te gustaba como era. Nos conocimos por medio de mis locuras...

Omar había conocido a su chica en una de las tantas fiestas locas. Lo que tuvo de bueno aquella fiesta, que su locura fue bien llevada. Era una época divertida y amena. La noche que la conoció, corrió por la casa en búsqueda de una soga, y la ató por el tobillo ante todos los presentes.

- “Es que quiero charlar un rato con mis amigos antes de acercarme. Así que por las dudas que te pierda de vista...” – le reprodujo Omar a su chica, aquella noche en el galpón. – Te acordás de eso?... Y ahora, esto... - y se dobló en dolor del alma. - ... esto me mata. – lo pensó - Me voy a matar...

Se acercó al caño de gas que estaba en el rincón del galpón. Abrió la válvula y se dirigió a la mesa de carpintero. Activó su encendedor, y unos diarios se volvieron en llamas.

- Qué mierda estás haciendo?!

- Me voy a suicidar, te dije. Voy a hacer volar el galpón conmigo adentro. Así que elegí: morimos juntos como en una tragedia teatral, o te vas corriendo antes de quemarte ese culo de puta!

Sandra iba a putearlo. Pero no pudo. Se contuvo, dio media vuelta, y salió del lugar. Ya no podía soportar más nada.

Desesperado, Omar salió detrás de ella, y la alcanzó en el jardín, tomándola del brazo. La enfrentó a su rostro, y tal como en una película romántica del '40, le rogó con pasión una vez más.

- No te vayas, amor... Casémonos. Te juro que voy a ser el hombre que nunca fui. Porque con esta pérdida que ya estoy viviendo, aprendí lo que siempre tuve que aprender. Y eso te lo debo a vos...

Todos los presentes, diseminados en el jardín y patio, les clavaron las miradas. Algunos llegaron a sonreír y hasta emocionarse.

Omar se puso de rodillas ante ella.

- Antes de seguir con esta locura... - dijo la chica, al borde de la emoción, al borde de la reconciliación. – Apagaste los diarios?

- Los diarios! – gritó Omar y se volteó a los presentes. – Al piso!! El galpón va a explotar!!

Algunas personas imitaron la reacción de la pareja. Otras, creyeron que era una de las tantas locuras de Omar y no le dieron importancia. Lo cierto que en ese instante, el galpón de chapa y madera estalló en cientos de pedazos.

Horas después, Omar bebía un vino en un bar alejado, con el sol dando sus primeros toques de luz a la mañana. El resultado del atentado había sido un puñado de heridos por esquirlas, el fin de la amistad con Luis, el final de su relación con Sandra, y el trono definitivo como el joven más peligroso del circuito de amigos.

Tiempo después, alguien había vuelto a tener en cuenta a Omar para una fiesta con la condición que apenas hable.

Para esto, había mantenido una etapa de encierro, en donde no se comunicó con nadie, porque nadie quiso comunicarse con él. Todos lo veían como un loco e inmaduro, que para lo único que servía era para estar detrás de teclados de computadoras y de libros.

Esa noche, con un vaso de cerveza, apartado a un lado, vivía su regreso angustiado por aquellos tres policías de civil y las culpas de su pasado.

Pero, realmente merecía ser detenido?

Por un lado pensaba que sí: quizás la ley y la justicia lo reformarían. Aunque por otro lado: Omar había aprendido de sus errores, y desde ese momento se manejaría discretamente, sin ocasionar más dramas a nadie. Tan sólo pensaría antes de actuar.

- Me vine preparado. – le dijo Omar a Carlos, al pasar.

Carlos se detuvo pasos adelante, y regresó a su viejo amigo.

- “Preparado” para qué?

- Sé que cagué las fiestas y las vidas a todos, pero me merezco una oportunidad. Merezco ser libre, y poder volver a ser amigos de todos. No quiero que me internen o me lleven preso.

- Pero si nadie...

- Hay tres tipos vigilándome!

- Por Dios, no quiero que empieces con locuras otra vez. – se desesperó Carlos, frotándose el rostro - Cuánto tomaste?

Omar no respondió. De todas formas no había sido mucho. Lo único que importaba era sobrevivir. Lo único que importaba era superar aquella locura.

Y Omar sacó un revólver del bolsillo.

Enseguida, todos los presentes gritaron al aire, se desesperaron, y correataron para esconderse. La mayoría se atajó o se tiró al piso.

El Momento Omar de la noche llegó, pues, cuando el joven apuntó a aquella visión de los tres policías de civil, y disparándoles, baleó a la nada.

Sin embargo, algunas de balas que no impactaron en las paredes ni en el piso, fueron a parar a algunas personas. De los cinco heridos, tres murieron al instante.



- Perdón a todos! Perdón a todos! Pero quiero reconciliarme con todos...  
Que me incluyan de nuevo en sus vidas! – dijo, con su cerebro desgastado,  
abriéndose paso entre todos, disparando a las visiones con más ganas.

Aníbal fue el encargado de tumbarlo al piso.

Días después, la justicia hizo lo suyo, regalándole a Omar un viaje  
directo a las rejas que lo contendrían por siempre de su locura artística.

Años después de aquel último brote psicótico, alguien le informó a Omar  
en su celda, que su locura batía records en las librerías.

Sus oscuras anécdotas de vida lo habían convertido en un artista maldito  
y generacional. De alguna forma, las fiestas que había narrado, se convirtieron  
en un homenaje constante de las dementes plumas que tuvo cuando libre.

Y después de todo, Omar estuvo en paz.

FIN